

Editorial

Más allá del paralelo 90° N

Uno de los temas preferidos de los periodistas, en las entrevistas veraniegas a políticos y altos funcionarios, así como a ponentes en los cursos propios de la estación, es el del agua y todo lo relacionado con ella.

En las contestaciones, unos aprovechan para exponer el desarrollo de sus planes; otros, para hacer alarde de sus conocimientos teóricos; algunos, para exponer extrañas teorías, al mismo tiempo que otros lo hacen para rebatir las afirmaciones de los demás. Pero en la generalidad de las intervenciones se hace patente, por un lado, la satisfacción de unos por su oportunidad de ser objeto de atención pública y, por otro, la extraordinaria ligereza -en ocasiones frivolidad- de algunas exposiciones.

Y lo que decimos del tema del agua en sí, podemos aplicarlo al del clima de nuestro planeta, tan íntimamente ligado, tanto desde el punto de vista global, como en lo que toca a zonas concretas y, en particular, a las que más directamente nos afectan.

El reciente episodio del rompehielos Pamir es un aviso. A lo largo de la historia de las expediciones polares de los siglos XVIII y XIX, se consideraba la hipotética posibilidad de encontrar el Polo Norte libre de hielos; el hecho es que quienes se aproximaron y quienes llegaron, ya a lo largo del XX, tanto por encima como por debajo, lo encontraron cubierto, si bien, en ocasiones, con grietas notables. No hay constancia de tal presencia de mar libre antes de este año.

Igualmente que en otros casos de comportamientos inusuales de las masas de hielo, es preciso que este acontecimiento dé lugar a explicaciones sólidamente fundadas. Que no todo se quede en manifestaciones

como la ofrecida por un periódico de amplia difusión, al referir el suceso: "Malcon McKena, paleontólogo del Museo Americano de Historia Natural y su esposa, tuvieron que llegar más allá de los 90 grados de latitud para contemplar los hielos perpetuos del Ártico" (sic).

En uno de esos referidos cursos de verano (más bien una reunión de "expertos universitarios", como gustan autodenominarse) al hablar de las perspectivas de disponibilidad de recursos para el siglo XXI, uno de ellos, economista de cierto prestigio, se mostró absolutamente optimista en cuanto a disponibilidades de energía, dando por hecho la utilización comercial de la fisión nuclear en plazo relativamente breve (¡ojalá acertase!). Al mismo tiempo, calificaba de "basura y superchería científica" todo lo que actualmente se dice, en cuanto a riesgos de degradación y desequilibrio natural, en nuestro planeta. Añadiendo que "ni un solo economista serio admite nada de eso".

No en vano empleamos la palabra frivolidad; es lo menos que se puede decir. Pero lo cierto es que son necesarios estudios serios, interdisciplinarios, coordinados en niveles que garanticen claridad y determinación para actuar en lo necesario, dejando estos temas fuera del ámbito de especulaciones más propias de individuos como aquel Christopher Schneider "Apelles" que amargó la existencia a Galileo Galilei. Ya no están los tiempos para confundir la Astronomía con la Astrología.

Sencillamente, es necesario saber qué vamos a hacer con nuestros recursos hidráulicos, pero esto, tan inmediato, es una parte, también con plazos apremiantes, del conocimiento de a dónde va nuestro sistema ecológico y cómo tenemos que actuar en consecuencia. ■